

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me asocio á los lamentos de Jacinto Benavente en el *Imparcial*, acerca de las formas que adquiere aquí la admiración, ó por lo menos la celebridad, y la curiosa idea que se tiene de las facultades mentales de aquellos á quienes se admira.

No es ahora, aun cuando ahora lo exteriorizo nuevamente bajo la impresión del artículo á que aludo, el momento en que se me ocurre que aquí, el haber escrito algo que ha gustado ó que ha fijado la atención de nuestros contemporáneos, es como un diploma de estupidez, en el resto de las relaciones de la vida.

La gente establece una separación: sois muy apto, quien lo duda, para eso, para crear el libro, la novela, el cuento, el drama; pero sois más tonto que un hilo de uvas, para lo que cualquier tonto quizás no lo sea. Se os puede engañar como á un chino, llevar de la nariz como á un bolonio, dar toda clase de timos como á un paleta, y, además, por el hecho de haber entregado á las prensas un parto de vuestro ingenio, estáis obligados, perpetuamente, á convertirlos en consejeros, guías, protectores, salvadores, banqueros y agentes de negocios de toda la especie humana, ó al menos de una gran parte.

Porque tenéis vuestras ideas propias, se empeñan en que recojáis, patrocinéis y realicéis las ajenas; porque tenéis llena la vida con vuestra labor y vuestro interés, suponen que vuestro tiempo no os pertenece, sino á quien lo quiera usufructuar; porque vuestro trabajo os produce una pequeña cantidad de dinero, entienden que debéis repartirlo con quien se acerque á vuestra puerta gimiendo necesidades verdaderas ó ficticias; y, porque en el ejercicio de vuestra profesión literaria habéis conocido á este ó aquel personaje, dan por hecho que habéis de emplear, colocar y favorecer á todo el que os lo pide, sin más títulos que su antojo.

Benavente dice que no está dispuesto á creer en ninguna protesta de admiración, como no la acompañe un billete de mil pesetas. Sin ir tan lejos como el célebre dramaturgo, declaro que no creo, ni creería aunque fuese mucho más cándida de lo que soy, en la admiración que pide destinos, dinero ó cosa que lo valga.

Tiene Benavente más razón que un santo: los admiradores deben hacernos grata la vida, en vez de amargárnosla con molestias y exigencias y queriendo sacarnos el jugo. Y si la admiración adopta esta forma, sin género de duda hay que exclamar, con el autor de *Los intereses creados*, que vaya enhoramala.

Yo no sé lo que sucederá en los países del Norte donde los escritores, después de su muerte, tienen quien siembre grano sobre su tumba, para que acudan á ella las avechillas; aquí son los gorriones los que, en vida, quieren comerse á las águilas, —y conste que lo de águila no lo digo por mí, sino por D. Jacinto.

El correo os trae, generalmente, por cada dos cartas que responden, no digamos á admiración, pero siquiera á interés literario, á algo de simpatía por lo que se piensa ó se escribe, ocho ó diez de peticiones. Las cartas urgentes lo son siempre..., para el que las envía. Puede aplicárseles la anécdota que se refería de D. Ramón María Narváez, duque de Valencia.

Cuando este prócer ocupaba la poltrona presidencial, seguiale á todas partes, como su sombra, un obsesivo pediguño. Escualido, sombrero en mano, vestido con penuria, el postulante se presentaba á la puerta de todos los edificios donde sabía que el presidente del Consejo de Ministros por fuerza había de entrar. Y, apenas se apeaba D. Ramón del coche, tenía que desviar á aquel mosca, que repetía en tono plañidero:

—¡Señor! Juan Pancorvo, cesante, casado, con siete hijos...

A fuerza de sufrir el acoso, acabó el presidente por habituarse, y ni aun alzaba los hombros cuando resonaba la salmodia. Entonces, el postulante adoptó otra táctica. En vez de intervenir en la vida oficial de D. Ramón, se dedicó á estorbarle en la privada. Siempre que el presidente, buscando el incógnito é impulsado por su condición de *vert-galant*, se deslizaba furtivo hacia alguna calle donde moraba alguna dama hermosa, no enteramente dueña de su persona y á la cual no se debía comprometer, detrás del general iba la silueta grotesca del cesante, y, al revolver de la esquina, surgía con la cancamurria habitual:

—¡Señor!, Juan Pancorvo...

Narváez, como nadie ignora, tenía poco de sufrido. Dió una orden á la policía, y la historia no refiere si Juan Pancorvo recibió en las costillas alguna advertencia saludable. El cesante era de los que profesan la máxima: «Da, pero escucha,» y no renunció á su empeño, antes buscó una treta para llegar á su fin.

Una noche, dormía Narváez como un bendito, cuando le despertó su ayuda de cámara, despavorido, pidiendo perdón y alegando que estaba allí un individuo que quería revelar al presidente del Consejo una cosa urgentísima y de suma importancia.

Narváez gruñó, pero no reprobó la conducta del criado. Se hablaba mucho, aquellos días, de peligrosas conspiraciones, de complots tenebrosos contra la vida de la reina y de Narváez mismo. Los carbonarios italianos podían haberse entendido en Madrid con los «eternos enemigos del orden...» Y, como el duque era bravo, ni se le ocurrió un momento que tampoco la prudencia aconsejaba recibir, á las tres de la madrugada, á un desconocido. Ordenó que subiese el que fuera.

Sabida la fogosidad y el geniazó de aquel hombre ilustre, tampoco habrá que decir cuáles fueron los vocablos que disparó al escuchar el consabido:

—¡Señor!, Juan Pancorvo...

—So sinvergüenza, gritó Narváez dándole un empujón, no sé como no le mato... ¿Era esta la urgencia, la importancia que usted traía?

—¡Señor, repuso el infeliz, medio arrodillado, y le parece á vuecencia poco urgente que yo me muera de hambre?

Acabó el duque por reirse, mal de su grado, ante la ridícula aventura, y, por quitarse de encima á Juan Pancorvo..., le dió una buena breva... Claro es que á cada cual le urge lo que le urge. Sólo que el clásico cesante, que acabó por triunfar de D. Ramón, al menos lo le representó la comedia de la admiración profunda.

Esta comedia, que indigna á Benavente, es descorazonadora, pero además, es pueril. No me parece fácil que ni aun los novatos traguen ese anzuelo. Y sin embargo, nos lo presentan todos los días, á los perros viejos del oficio.

En Carnavales, en Navidades, el día del santo, las murgas y tunas nos ofrecen serenatas..., si las queremos pagar; serenatas admirativas, que salgan de nuestro bolsillo; auto-serenatas, en fin. Desde países lejanos —y realmente, desde presidios españoles— nos quieren dar el timo del entierro, —¡a nosotros, novelistas, maestros en la invención!— Casos aislados de intentar sorprender nuestra mala fe, se podrían referir muchos y muy divertidos. Citas para sitios donde se nos ha de revelar un gran secreto, ofrecimientos de participación en esplendidos negocios, relaciones sensacionales, en resumen, ¡toda la lira!

¡Y algo más humillante! Insinuaciones de mal género por obtención de cargos, lo mismo que si fuésemos la célebre doña Inés, la que vendía las gracias y favores de un monarca... ¡Miseria, miseria!, habría que repetir, aun en medio de cierta compasión que involuntariamente infunden estos admiradores...

En cierta ocasión, hubo uno, persona para mí absolutamente desconocida, y penado por asesinato, el cual, enviándome un *factum* de su historia, me anunció que, teniendo una hija que iba á quedarse sola en el mundo, me la remitiría para que le sirviese de madre. Al anuncio acompañaba el retrato de la niña. No se trataba de que yo la protegiese, la colocase en un colegio de los que sostiene la caridad, ni cosa parecida: el caso era que la criatura había de habitar en mi casa, con mis hijos, como uno más, y hemos concluído. La carta terminaba así. «Esto, que para usted es tan fácil, para mí representaría un beneficio inmenso.»

Yo me figuro que no se me tachará de descortés, ni cosa que lo valga, si digo que dejó la inmensa mayoría de estas postulaciones sin respuesta. Es buena educación el contestar á los que nos escriben; convenido. Sólo que, por cima de la buena educación, está la necesidad. Y á lo imposible, dicen los escolásticos, no está obligado nadie.

Ya se huelen los corresponsales que algo así puede suceder, y se previenen, ó incluyendo papeles que exigen devolución, ó anunciando un giro contra nos-

otros, por la suma con que entienden que estamos obligados á contribuir. En fin, que no hay estrategia ma á que no recurran estos demonios de admiradores.

Debe de haber, ó mejor dicho hay, mucha gente necesitada. Las causas de un estado social en que tantos procuran vivir á cuenta de otros, serán de cierto complicadas y atañerán á la economía política y á otras ciencias. No sé si es que el trabajo anda mal retribuído —me inclino á creer que las retribuciones son, en general, suficientes— ó que no se trabaja, ó que no se sabe vivir con lo que se gana, ó que se prefiere emplear arbitrios y esperar del azar lo que no da el sudor... Es lo positivo que, según voces cada día confirmadas, la miseria es espantosa, y no hay caridad, no hay beneficencia, no hay socorros que llenen su abismo.

El actual gobernador de Madrid, Fernández Latour, que anunció que se proponía extinguir la mendicidad, parece ya fracasado en su intento, á pesar de disponer según leo hoy en la prensa, de cuantiosos donativos y de ropas que la reina le facilitó. En las calles no hemos dejado de sufrir el asedio de los mendigos, vergüenza de Madrid. Todo se ha quedado, lo mismo que otras veces, en aparatosos planes, sin fruto. ¿Será realmente imposible limpiar á la corte de esta roña? ¿Cómo hicieron en Sevilla, donde se ha conseguido?

Realmente, el estado de ánimo de una persona buena y caritativa, ante estos fracasos continuos, ante lo estéril de las contribuciones voluntarias á la acción oficial, es contradictorio. De una parte, le dicen, que no dé limosna en la calle; que ese óbolo que había de soltar en la diestra de algún borracho ó de algún simulador, lo consagre á auxiliar los esfuerzos de alcaldes y gobernadores. Por otro lado, ve que estos esfuerzos nada remedian y á nada conducen. Y he aquí que no se sabe qué hacer, ni á qué carta quedarse. El que da, quiere efectos positivos de lo que ha dado. De otro modo, la desconfianza surge. Se supone que los donativos se emplean más bien en crear plazas retribuídas para ejercer otro género de beneficencia con amigos y correligionarios, que en atender á lo esencial del programa. Y aunque esto no sea verdad, el que se lo imaginen basta para enfriar completamente los impresionables ánimos.

La única solución que entonces se presenta, es la del individualismo; la solución anárquica, antisocial, que se adopta en los países mal administrados, donde lo oficial no inspira nunca tranquilidad bastante. Y esta solución consiste en que cada cual, por su parte, hace lo que puede, protege, en el límite de sus medios y su voluntad, á los pobres que conoce y que sabe que no son industriales de la mendicidad, como los que en la calle no nos dejan vivir ni cambiar cuatro palabras con un amigo.

Es lástima que no se pueda llegar á arreglar este asunto de un modo eficaz. Por que el pueblo de Madrid es caritativo, da con generosa rapidez y siempre se halla dispuesto, no sólo á prodigar el metálico, sino á interesarse en la suerte de los desheredados y mendigos. La mendicidad no ha llegado jamás á ser antipática al madrileño. La ha aceptado con buen humor español, con festiva calma, con una piedad, no romántica ni mística al estilo ruso, sino rebosando la alegre indulgencia que aquí se ha manifestado para los pícaros y para el hampa. Cada pueblo tiene su psicología; la nuestra no es excesivamente sentimental. No por eso hay que creer que seamos peores que otros.

Ha sido necesario que la mendicidad adquiriese las proporciones de verdadera plaga para que se alzase una protesta contra ella. Si se hubiese contenido en límites moderados, un encogimiento de hombros y la mano alargando la moneda hubiese sido el comentario único. Adquirió proporciones alarmantes la reunión del pordioso callejero y del sabieo á domicilio, y acabaron por impacientarse los más tranquilos y fatalistas habitantes de la villa y corte. Resonó la frase desesperada: «Esto no es vivir.» Y los alcaldes, los gobernadores, las señoras, Palacio, convinieron en que era preciso intentar algo, poner dique á la marea...

No es tan fácil hinchar un perro, que dijo el loco de Cervantes. Y aquí estamos, en mitad del invierno, con la batalla perdida, con los pobres en racimo tan pronto como pisamos la calle, con el buzón atestado de cartas que postulan, con un incesante grito en los oídos que repite —¡Miseria, miseria!— y acordándonos, involuntariamente, de aquel tiempo en que el pueblo cantaba:

«Id, pobres, á San Francisco
sin recelo á pedir pan,
que en cinco puertas lo dan...»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.